

Artículo

## Lenguas en tensión: jerarquías y pertenencias en un salón de belleza multicultural

**Salma Halifa Elidrissi**

salmahalifaelidrissi@gmail.com

 0000-0002-0582-7838

**Universidad de Granada**



<https://revista.areadi.org/>



junio, 2025

Para citar este artículo:

Halifa Elidrissi, S. (2025). Lenguas en tensión: jerarquías y pertenencias en un salón de belleza multicultural. *Ensamblajes. Revista De Antropología Predoctoral*, 2(1), pp:25-44.

<https://doi.org/10.71405/ensamblajes/2025/v2.1.18>

### Resumen

Este trabajo etnográfico explora las dinámicas sociolingüísticas en un salón de belleza regentado por una propietaria de origen marroquí, donde el *dariya* y el español operan como marcadores de identificación y jerarquización social. Desde la antropología lingüística y la sociolingüística crítica, se analiza el translingüismo no solo como una práctica comunicativa, sino como una estrategia vinculada a relaciones de poder y capital simbólico. El estudio muestra que el español se asocia con prestigio y validación profesional, mientras que el *dariya* refuerza la confianza y la comunidad, aunque su uso está condicionado por el contexto y la presencia de hablantes monolingües de español. Asimismo, se observa que las barreras lingüísticas no solo afectan la comunicación, sino que muestran un efecto de racialización y devaluación social. Estos hallazgos permiten entender el salón como un microcosmos donde se negocian identificaciones y

se materializan tensiones, evidenciando cómo la lengua es capaz de regular el acceso al reconocimiento y la pertenencia en un entorno multicultural.

**Palabras clave:** sociolingüística crítica, identificación cultural, lengua, poder.

**Abstract:**

This ethnographic study explores the sociolinguistic dynamics in a beauty salon run by a Moroccan-origin owner, where Dariya and Spanish function as markers of identification and social hierarchy. From the perspective of linguistic anthropology and critical sociolinguistics, translanguaging is analyzed not only as a communicative practice but as a strategy linked to power relations and symbolic capital. The study reveals that Spanish is associated with prestige and professional validation, while Dariya reinforces trust and community, although its use is conditioned by context and the presence of monolingual Spanish speakers. Furthermore, linguistic barriers not only affect communication but also contribute to processes of racialization and social devaluation. These findings position the salon as a microcosm where identifications are negotiated and tensions materialize, demonstrating how language regulates access to recognition and belonging in a multicultural setting.

**Keywords:** critical sociolinguistics, cultural identification, language, power

## Introducción

Los salones de belleza son espacios de interacción social donde las personas no solo acuden por un servicio, sino que también construyen relaciones e intercambian conocimientos. En un salón regentado por una propietaria de origen marroquí, donde conviven el *dariya*<sup>1</sup> y el español, las elecciones lingüísticas no responden únicamente a la inteligibilidad, sino que reflejan dinámicas sociales más amplias. ¿Por qué algunas conversaciones se sostienen en español mientras que otras recurren al *dariya*? ¿Qué implica cambiar de idioma en medio de una conversación? ¿Cómo influye la presencia

---

<sup>1</sup> Se prefiere el uso de *dariya* en lugar del comúnmente conocido “árabe marroquí” debido a que esta denominación contribuye a la invisibilización del importante sustrato amazige presente en la lengua.

de clientas monolingües en la gestión del lenguaje dentro del salón? Más aún, ¿qué revela la necesidad de traducir sobre la jerarquía entre lenguas?

Lejos de ser neutrales, las prácticas lingüísticas en este espacio están imbricadas en procesos de identificación, legitimación y exclusión. La lengua actúa como un recurso simbólico que estructura las interacciones, otorgando visibilidad y prestigio a ciertos registros mientras relega otros a la esfera de la confianza interpersonal. Así, los usos lingüísticos en el salón no solo reflejan el contexto inmediato, sino que también reproducen y, en algunos casos, desafían estructuras socioculturales que asocian el lenguaje con el acceso a determinados espacios de reconocimiento.

Este estudio se propone analizar cómo el lenguaje opera como herramienta de negociación social en un entorno multicultural, explorando de qué manera los hablantes gestionan estratégicamente las lenguas disponibles en función de las dinámicas de poder que atraviesan sus comunicaciones. Más allá de identificar qué idioma se habla en el salón, este trabajo busca comprender qué implica optar por una lengua y no por otra, qué significados emergen en los actos de traducción y para quién, y cómo estas decisiones lingüísticas cotidianas reflejan procesos sociales más amplios. En este contexto, cada palabra—pronunciada, traducida o silenciada—forma parte de una red de relaciones que configuran pertenencias, legitimidades y exclusiones.

### **Marco Teórico**

Esta investigación se sitúa en la intersección entre la antropología lingüística y la sociolingüística crítica, dos enfoques que entienden la lengua no solo como un medio de comunicación, sino como un recurso que estructura relaciones sociales, construye identificaciones y reproduce jerarquías de poder (Duranti, 2011; Heller, 2007). Desde esta perspectiva, el lenguaje es tanto performativo, en el sentido de que «al decir algo, hacemos algo» (Austin, 1962: 12), construyendo identificaciones, relaciones y jerarquías. Como situado, lo que implica que sus usos y significados dependen del contexto en el que se despliega (Blommaert, 2005). La interacción lingüística refleja y refuerza desigualdades estructurales, evidenciando cómo ciertas lenguas y registros adquieren mayor legitimidad en función de su asociación con instituciones de prestigio y capital simbólico (Bourdieu, 2008).

Siguiendo esta línea, la sociolingüística crítica ha problematizado la idea de que todas las lenguas y sus hablantes operan en igualdad de condiciones en los espacios sociales (Heller y Duchêne, 2012). En contextos multiculturales, los usos lingüísticos no son únicamente una cuestión de preferencia individual, sino el resultado de un mercado

lingüístico donde ciertos códigos son valorizados como legítimos mientras que otros son relegados a la informalidad o la oralidad no institucionalizada (Bourdieu, 2008). Asimismo, es trascendental tener en cuenta el concepto de "escucha raciolingüística" (Flores y Rosa, 2015), es decir, la forma en que la percepción de la competencia lingüística de los hablantes está mediada por su pertenencia etnorracial. De este modo, incluso quienes dominan la lengua hegemónica pueden ser percibidos como deficientes si su perfil racial no se asocia con el estándar normativo. Como afirman los propios autores:

"Raciolinguistic ideologies produce racialized speaking subjects who are constructed as linguistically deviant even when engaging in linguistic practices positioned as normative or innovative when produced by privileged white subjects" (Flores & Rosa, 2015: 150).

Esta afirmación subraya cómo la ideología lingüística dominante no solo juzga el qué se dice, sino también quién lo dice, estableciendo una jerarquía perceptiva que afecta de manera desigual a los hablantes racializados.

Estas dinámicas no ocurren en abstracto, sino que se materializan en espacios cotidianos donde los hablantes negocian su pertenencia y legitimidad a través del lenguaje. La etnografía en entornos ordinarios ha sido ampliamente validada como una herramienta metodológica fundamental para captar estos procesos en su contexto real (Goffman, 1989; Hammersley y Atkinson, 2007).

Otra noción clave para este estudio es la de los juegos de pertenencia desarrollada por Jiménez (2020), que resulta especialmente útil para analizar cómo el uso de una lengua se convierte en un mecanismo de posicionamiento social. En este marco, la lengua actúa como una frontera simbólica que delimita la inclusión en una comunidad, diferenciando a quienes son reconocidos como parte del grupo de aquellos que quedan en una posición de alteridad.

### **Metodología**

Este trabajo se basa en un enfoque etnográfico, centrado en la observación participante y en la realización de entrevistas. Hemos optado por esta metodología porque permite capturar las dinámicas culturales y simbólicas que configuran la construcción de la etnicidad en este entorno particular.

Es importante destacar que mantener la confidencialidad en este estudio presenta un desafío particular, especialmente debido a la naturaleza cercana y personal de la

investigación. En mi calidad de investigadora, he explicado con total transparencia a las personas implicadas —especialmente a Nedía y Rabea— que, dado nuestro vínculo familiar y el contexto reducido del campo, preservar completamente el anonimato podría resultar difícil. Aun así, ellas mismas expresaron su comprensión ante esta limitación y me animaron a hacer “lo que pueda” dentro de lo posible para proteger sus identidades. En consecuencia, y siguiendo las pautas éticas de la investigación etnográfica, he optado por el uso de seudónimos y por evitar referencias demasiado específicas que pudieran facilitar su identificación directa.

El trabajo de campo se lleva a cabo en un salón de belleza ubicado en Granada capital, una ciudad conocida por su diversidad étnica. En este espacio convergen diversas identificaciones culturales, haciendo de él un lugar ideal para esta investigación

En el salón cada individuo juega un papel crucial que no solo contribuye al funcionamiento diario del negocio, sino que también define la atmósfera y la dinámica social del espacio. A continuación, presentaré una descripción detallada de los personajes principales empleando nombres ficticios para resguardar su anonimato.

Nedía, dueña del salón, tiene 55 años y es el corazón del negocio. Autónoma por vocación y necesidad, Nedía alquila el local y se dedica principalmente a realizar los tratamientos de belleza. Realiza una amplia gama de servicios que van desde cortes de cabello y cambios de color hasta tratamientos faciales y corporales.

Rabea, su hija de 22 años es la mano derecha de Nedía en el salón, su función es la gestión administrativa y operativa del negocio. No participa directamente en la prestación de servicios de belleza. Se encarga de una variedad de tareas que incluyen crear contenido para las redes sociales, la compra de productos, la limpieza del salón, la gestión de citas y la atención telefónica, entre otras. Esto permite que Nedía se concentre en el aspecto técnico de los tratamientos.

Las clientas fijas, que visitan el salón con regularidad, forman parte de una comunidad estable que confía en los servicios ofrecidos. Estas clientas a menudo desarrollan una relación cercana con Nedía y Rabea, estableciendo un ambiente de amistad y lealtad.

Las clientas esporádicas aportan un dinamismo diferente al salón. Aunque no son visitantes regulares, su presencia añade diversidad a las interacciones diarias.

Como parte integral de este entorno, yo misma frecuento el salón con regularidad. A veces visito el lugar sola, otras veces me acompañan mis hijos, quienes de vez en

cuando se quedan en el salón con Nedía y Rabea. Esta dinámica familiar influye en la forma en que el salón opera.

He tenido la oportunidad de realizar un total de seis entrevistas, entre las personas entrevistadas se encuentran Nedía, Rabea y cuatro clientas habituales del salón. Debido a su implicación constante en el espacio, así como a su rol activo en la gestión y en la creación de vínculos cotidianos, he considerado relevante presentar con mayor detalle a Nedía y Rabea. Esta decisión responde no solo a su centralidad en la dinámica del salón, sino también al tipo de datos que han aportado, más prolongados, contextuales y entrelazados con el funcionamiento general del entorno observado.

Durante los meses de marzo, abril y mayo del 2024, me dediqué a hacer trabajo de campo en este salón. Tres meses inmersa en este espacio me han permitido capturar no solo los detalles más evidentes, sino también esos matices y dinámicas que se desarrollan entre las clientas, los profesionales y el propio entorno cultural que envuelve este lugar. Como investigadora, mi rol en este contexto es complejo.

En un comienzo sentía que me resultaría extremadamente difícil realizar el trabajo en un entorno tan cercano, ya que pertenezco a ese mundo social. Sin embargo, para mi sorpresa, justamente mi condición como *halfie*<sup>2</sup>, siendo parte de dos culturas, me posiciona como una eterna traductora de significados, por lo que soy capaz de moverme entre distintos códigos culturales, sin saberlo, lo he estado haciendo constantemente. Esta dualidad en mi posición me ofrece una visión privilegiada para captar ciertos elementos de la construcción étnica.

Durante el tiempo que pasé en el salón, traté de involucrarme en las actividades cotidianas a través de la observación participante. Esta técnica me permitió observar de cerca las interacciones entre clientas y profesionales, así como los usos y significados de los símbolos étnicos en este entorno. Realicé entrevistas semiestructuradas que, sin duda, nutrieron con creces esta investigación. Las conversaciones me ofrecieron una perspectiva más profunda sobre cómo perciben y construyen su identificación étnica en este contexto específico. Sin embargo, ser pariente de quien regenta el salón, ha creado un ambiente durante mi trabajo de campo en el que las clientas se sienten obligadas a presentar una imagen idealizada de todo lo relacionado con el salón y con Nedía. Este sesgo positivo, si bien puede parecer favorable en la superficie, plantea un problema

---

<sup>2</sup> “Personas cuya identidad cultural o nacional es mixta debido a la migración, a la educación en el extranjero o al parentesco” (Abu Lughod, 2012)

importante para la investigación. Se corre el riesgo de obtener una visión distorsionada o incompleta de la realidad que buscamos estudiar. Las clientas, en un esfuerzo por mantener la armonía y evitar cualquier posible conflicto, pueden omitir detalles cruciales o suavizar sus opiniones, lo que limita mi capacidad para analizar y comprender de manera plena las dinámicas internas del salón. Esto me obliga a reflexionar de manera crítica sobre cómo mitigar este sesgo y cómo garantizar que mi análisis no se vea comprometido por la cercanía emocional y social que tengo con los sujetos de estudio. Al mismo tiempo, es esencial mantener una constante autoevaluación de mi papel como investigadora para asegurarme de que mi proximidad al objeto de estudio no comprometa la rigurosidad y la integridad del análisis etnográfico.

Para tratar de asegurar la validez de mis interpretaciones, utilizamos la triangulación, comparando los testimonios de diferentes actrices y contrastándolos con mis propias observaciones y notas de campo. Para completar se recopilan datos multirreferenciales, como textos visuales (conversaciones de WhatsApp). De este modo, se pretende una comprensión más completa y matizada.

Desde la antropología, es relevante considerar que la forma en que se nombran los grupos y las categorías sociales no es un acto inocente, sino una práctica cargada de significado político y simbólico. En este sentido, Díaz de Rada (2014) señala la necesidad de cuestionar el uso de etnónimos en la escritura antropológica para evitar fijar categorías que pueden no corresponder con la realidad vivida por los actores sociales. El uso de términos como "marroquíes" o "hispanohablantes" en este estudio debe entenderse como construcciones analíticas que requieren problematización, dado que no siempre reflejan la diversidad interna de los grupos ni las formas en que sus miembros se autodefinen. Para evitar la esencialización de estos términos, Díaz de Rada propone estrategias como el uso de comillas para indicar su carácter situacional.

### **Limitaciones del estudio**

Como en toda investigación etnográfica, este estudio presenta una serie de limitaciones que deben ser consideradas al interpretar los resultados. En primer lugar, mi cercanía con el campo de estudio podría introducir haber incluido un sesgo que influenciara en la manera en que se recopilaron e interpretaron los datos. Si bien esta proximidad ha facilitado el acceso a un espacio y a una red de informantes clave, también ha podido generar respuestas condicionadas por la relación de confianza existente entre la investigadora y las participantes. La familiaridad con el contexto ha permitido captar matices y dinámicas que quizás pasarían desapercibidos para una

observadora externa, pero al mismo tiempo puede haber limitado la objetividad de ciertos análisis.

En segundo lugar, el tiempo y la escala del trabajo de campo han determinado el tipo de datos recopilados. La investigación se llevó a cabo durante un periodo de tres meses, lo que, si bien ha permitido identificar ciertos patrones en el uso del lenguaje y las interacciones sociales, no garantiza que estos sean estáticos ni universales. Las dinámicas lingüísticas pueden variar con el tiempo, dependiendo de factores externos como cambios en la clientela, en el personal del salón o en las propias condiciones sociolingüísticas del entorno.

Otra limitación importante es la influencia de la auto-representación en las entrevistas y observaciones. En un entorno de confianza como el salón, las participantes pueden haber tendido a ofrecer una visión idealizada de su experiencia, omitiendo posibles tensiones o conflictos. Esto es especialmente relevante en el análisis de las relaciones de poder lingüístico, donde es posible que algunas clientas minimizaran su percepción de barreras lingüísticas por cortesía o por no querer problematizar la situación ante la investigadora.

Por último, es primordial tener en cuenta mi posición como activista antirracista, ya que juega un papel crucial en la manera en que abordo e interpreto las dinámicas observadas en el salón. Esto no solo me impulsa a cuestionar las estructuras de poder y las jerarquías sociales que se manifiestan en las interacciones cotidianas, sino que también me lleva a analizar con detenimiento cómo las cuestiones de etnicidad y poder se entrelazan en el espacio del salón. No obstante, este enfoque también introduce una serie de obstáculos que debo reconocer y manejar con cuidado.

Por un lado, mi compromiso con la lucha contra el racismo me predispone a identificar y resaltar las situaciones en las que se manifiestan prejuicios o desigualdades raciales, lo que podría influir en mis observaciones y análisis. Al centrarme en estos aspectos, existe el riesgo de que otras dimensiones igualmente importantes de la interacción social queden desatendidas o subestimadas. Por ejemplo, podría estar más inclinada a interpretar ciertos comportamientos o comentarios a través del lente del racismo, incluso en casos donde otras explicaciones pudieran ser igualmente válidas o más apropiadas. Además, mi activismo antirracista me lleva a adoptar una postura crítica hacia las estructuras sociales que perpetúan la discriminación y la exclusión, lo que podría influir en la forma en que interpreto las acciones y actitudes de las actrices involucradas.

Este compromiso ético y político, si bien es esencial para mi identificación personal y profesional, podría llevarme a sobreinterpretar ciertos eventos o a enfocarme desproporcionadamente en los aspectos negativos de las interacciones, en detrimento de una visión más equilibrada y matizada. Para mitigar el impacto de este sesgo, es fundamental que me mantenga consciente de mi doble rol como investigadora y activista. Debo esforzarme por separar, en la medida de lo posible, mis convicciones personales de mi análisis académico. Esto no significa que deba abandonar mi compromiso con la justicia social, sino que debo ser rigurosa en mi autoevaluación, asegurándome de que mis interpretaciones sean sostenibles por la evidencia y no meramente por mis propias creencias y experiencias.

Por otro lado, esta posición como activista también puede ser una fortaleza, ya que me proporciona una sensibilidad particular hacia las cuestiones de poder y desigualdad que podrían pasar desapercibidas para otros investigadores. Esta conciencia me permite explorar con mayor profundidad las dinámicas de inclusión y exclusión en el salón, así como las formas en que las clientas y las trabajadoras negocian sus identificaciones en un espacio donde las diferencias culturales y étnicas pueden estar presentes.

### **Resultados y Discusión**

A lo largo de este apartado, se analizarán los distintos usos y significados que adquieren el *dariya* y el español en este contexto, prestando atención a cómo el translingüismo<sup>3</sup>, la negociación de identificaciones y las barreras lingüísticas configuran la experiencia de quienes transitan por este espacio.

#### **Jerarquización Lingüística y Desigualdad Simbólica**

Un factor clave en la elección de un salón de belleza es la seguridad comunicativa que ofrece. La posibilidad de expresarse en la propia lengua sin temor a malentendidos genera confianza en el servicio. En este sentido, la capacidad de Nedía para comunicarse fluidamente en diferentes idiomas se convierte en un elemento diferenciador que refuerza la fidelidad de la clientela, como señala Rabea:

Voy a un sitio en el que me entienden, en el que si quieres una mecha te puedo hablar en árabe para que tú me entiendas como me tienes que hacer la mecha,

---

<sup>3</sup> García y Wei (2014) apuntan que “translenguar” captura la fluidez lingüística, deshaciendo la idea de que las lenguas son herméticas.

no que yo tenga miedo porque no sé si me ha llegado a comprender, entonces te sientes cómoda porque también habla perfectamente español, incluso la española en plan, no tiene miedo en el sentido de que ella me está entendiendo, entonces en el nivel lingüístico yo creo que es uno de los factores más importantes por los que la gente viene a la peluquería, porque Nedía se puede defender en todos los idiomas. [Entrevista a Rabea, el 25/04/24].

En esta línea, además observamos que el uso del *dariya* es un símbolo poderoso de identificación y cohesión:

Yo no entiendo algo en español, por ejemplo, lo pregunto en árabe o me siento bien, tú sabes, me siento bien cuando hablo en árabe, marroquí. Claro. Porque lo sé que ella también sabe la misma lengua, también trabaja bien, hace bien las cosas. [Entrevista a Fatiha, el 25/04/2024].

En este espacio donde convergen clientas de diferentes orígenes y culturas, el uso del *dariya* por parte de Fatiha y otras clientas “marroquíes” se convierte en una manera de mantener un vínculo con su herencia cultural en un ambiente predominantemente hispanohablante.

Fatiha, se siente verdaderamente cómoda en un espacio que, aunque público, ofrece un refugio íntimo y culturalmente seguro. En muchos otros contextos fuera del salón, Fatiha probablemente se siente obligada a hablar en español, adaptándose a la lengua dominante del entorno. Este esfuerzo constante para comunicarse en un idioma que no es el suyo nativo puede generar una sensación de incomodidad, donde las palabras no fluyen con la misma naturalidad y donde, quizás, no se siente tan comprendida o conectada.

Sin embargo, en el salón con Nedía puede relajarse y comunicarse en su lengua materna sin la presión de cambiar su forma de hablar para adaptarse a las expectativas lingüísticas de los demás. Este simple hecho de poder hablar sin esfuerzo le brinda un sentido de alivio y pertenencia, permitiéndole conectar con otras personas que comparten su mismo trasfondo cultural. Aquí, la lengua es un puente hacia la comprensión mutua y la empatía, donde no es necesario explicarse demasiado, porque existe un entendimiento implícito, una complicidad que va más allá de las palabras. Es

un espacio donde no tiene que preocuparse por ser malinterpretada por su acento o por su forma de expresarse.

Esta percepción de seguridad lingüística y pertenencia es algo que también reconoce la propia Nedia, quien observa cómo su clientela se siente atraída por el salón no solo por los servicios que ofrece, sino por la posibilidad de comunicarse en un entorno que les resulta familiar:

Hoy ha venido una clienta de la Zubia, me vienen de pueblos lejos, me vienen de Loja, me vienen gente de lejos, me dicen ¡marroquí!, al saber que yo soy marroquí, puedo, claro, el tema del idioma, el tema de que se sienten..., dicen que cuando entran aquí se sienten como si fuera están en una peluquería en Marruecos, y por eso me buscan, y claro, como la comunidad marroquí, la mayoría se juntan con ellos mismos, entonces hablan y dicen, mira, aquí hay una peluquera que no sé qué... y claro, y si le da el teléfono, entonces la otra mujer, su amiga le dice a su amiga, le dice a su familia, y por eso me vienen de lejos.

[Entrevista a Nedia, el 26/04/2024].

En este testimonio, Nedia destaca cómo la lengua recrea un entorno culturalmente significativo, tal y como venimos diciendo. La peluquería se convierte así en un refugio simbólico, donde las clientas pueden experimentar una continuidad cultural.

Este hecho también se refleja en las conversaciones escritas, muchas clientas escriben o mandan audios en árabe o *dariya* para pedir citas o presupuestos.

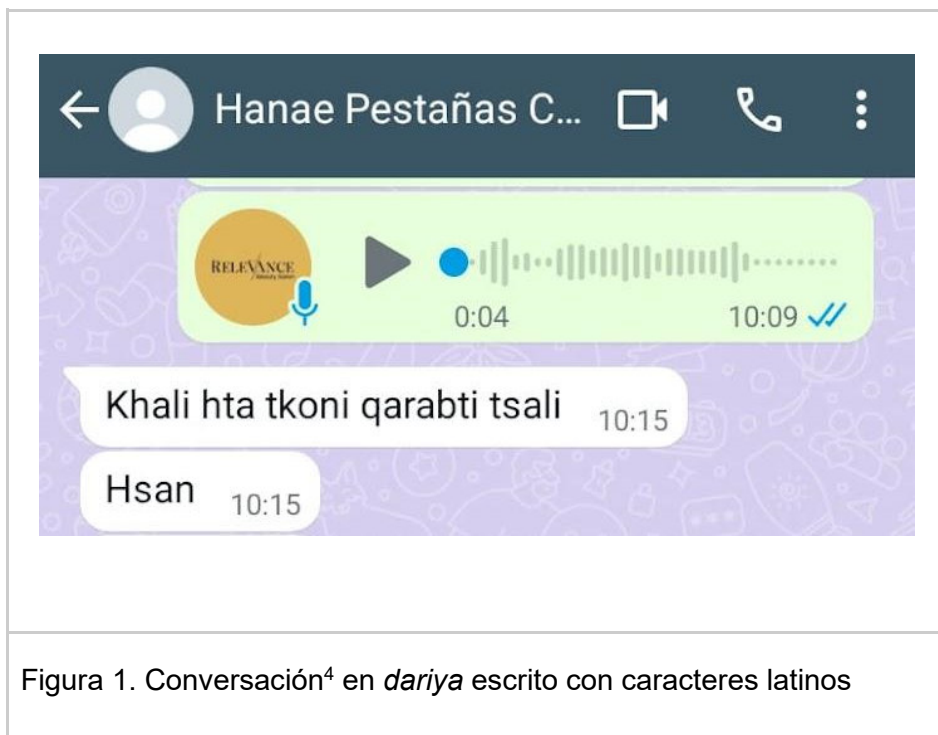


Figura 1. Conversación<sup>4</sup> en *dariya* escrito con caracteres latinos

Asimismo, podemos observar un juego de pertenencia (Jiménez 2020), donde el uso de la lengua materna es un marcador de identificación social que permite diferenciar quién forma parte del grupo y quién no. Por lo que el *dariya* es un símbolo que delimita los márgenes de inclusión y refuerza la cohesión dentro de un espacio compartido:

Nedia le explica en *dariya* a la clienta “marroquí” (que sabe hablar español perfectamente) lo que está ocurriendo al otro lado del salón: una clienta “no marroquí” duda sobre el color de uñas mientras su cuidadora impaciente, intenta apresurarla porque su jornada ha terminado. [Diario de campo, el 22/04/2024].

En este contexto, el *dariya* actúa como un filtro que permite comentar y analizar lo que ocurre en el espacio sin que las personas ajenas a la lengua puedan acceder a esa información.

Esta relación entre lengua, pertenencia y normativas socioculturales se hace evidente, además, en el testimonio de Rabea, quien, a pesar de ser hija de Nedia y estar plenamente integrada en el entorno del salón, experimenta una forma de distanciamiento con respecto a otras clientas hablantes de *dariya*:

<sup>4</sup> Deja hasta que estés a punto de terminar

Mejor

Porque a la vez yo voy al salón, visto como me da la vara vestir, hablo español. El árabe, pues lo chapurreo y se ríen de mí cuando lo hablo, ¿sabes? Entonces es como que yo soy una “paya” más, no me tratan como una igual a ellas. [Entrevista a Rabea, el 25/04/24].

En este caso, el dominio imperfecto del *dariya* se convierte en un elemento que marca la diferencia y la distancia con otras clientas, quienes la sitúan en una posición de alteridad. A pesar de su filiación materna y su vinculación directa con la “comunidad”, su uso predominante del español la posicionan fuera de la comunidad lingüística de referencia. Este fenómeno refuerza la idea de que la lengua es un mecanismo de autenticación dentro de un grupo, donde no basta con lazos familiares o experiencias compartidas para ser plenamente reconocida como una igual.

Otro aspecto relevante es la variación en la elección lingüística de Nedía cuando debe explicar los tratamientos o describir las propiedades de los productos, momentos en los que recurre automáticamente al español:

Comienza a darle explicaciones sobre el tratamiento, ha cambiado de idioma, estaba teniendo la conversación en *dariya*, pero cuando comienza a hablar de tecnicismos, utiliza el español, le pregunto por qué cambia de lengua y me dice que como ella estudia en español (usa una academia online para seguir formándose), entonces esas palabras las desconoce en *dariya*. [Diario de campo, el 21/03/24].

Este cambio puede interpretarse, por un lado, como una elección situada que responde a la familiaridad terminológica adquirida en contextos formativos concretos. Nedía ha accedido a gran parte de ese conocimiento técnico en español, por lo que es posible que recurra a esta lengua no tanto por su valor simbólico, sino porque le permite expresarse con mayor precisión en ese registro. Desde esta perspectiva, el uso del español no se explicaría únicamente como una estrategia de legitimación, sino también como una solución funcional vinculada a sus trayectorias de aprendizaje y a su repertorio profesional efectivo.

Ahora bien, esta elección también puede leerse desde una lógica estructural, en la medida en que el español se posiciona como la lengua de la profesionalización y el conocimiento técnico. Como señala Bourdieu (2008), en cualquier mercado lingüístico,

ciertos registros y lenguas adquieren mayor valor simbólico por su vinculación con instituciones de poder. En este caso, la profesionalización de Nedia se ha desarrollado tanto en dariya como en español —posee cuatro títulos oficiales, dos obtenidos en Marruecos y dos en España—, pero es en español donde encuentra legitimidad institucional dentro del mercado laboral en el que opera.

En línea con esto, Heller y Duchêne (2012) advierten que la mercantilización del lenguaje refuerza jerarquías sociolingüísticas al asociar determinadas lenguas con la profesionalización y la autoridad, mientras que otras quedan relegadas a lo doméstico o lo informal. Así, en el contexto del salón, el español se consolida como la lengua de validación profesional, mientras que el *dariya* permanece en el ámbito de la confianza interpersonal. Esta ambivalencia muestra que las elecciones lingüísticas no responden siempre a una única motivación, sino que están atravesadas por factores tanto estructurales como biográficos, evidenciando la tensión constante entre funcionalidad práctica y jerarquización simbólica.

Otro contexto en el que Nedia opta por expresarse en español se presenta cuando interactúa en presencia de clientas que no comprenden el *dariya*. En estos casos, su elección lingüística no responde únicamente a una preferencia personal, sino a una estrategia consciente para gestionar la interacción y minimizar posibles malentendidos o percepciones de exclusión entre las clientas:

Hoy en el salón observé un interesante patrón en el comportamiento de Nedia.

Noté que, cuando alguien le hablaba en dariya en presencia de clientas que no entendían ese idioma, ella respondía deliberadamente en español. Le pregunté al respecto y me explicó que lo hacía para evitar que las clientas que no hablaban dariya creyeran que estaban hablando de ellas y se sintieran incómodas. [Diario de campo, 06/04/2024].

En este caso, el español funciona como una herramienta afectiva, movilizada no para imponer autoridad, sino para cuidar las relaciones en un entorno compartido. Sin embargo, esta sensibilidad no se manifiesta del mismo modo cuando la situación se invierte: cuando las clientas “marroquíes” son quienes no entienden español, Nedia no cambia automáticamente al dariya, sino que traduce activamente, asegurando que ambas partes sigan participando en la interacción. Esta asimetría es clave, ya que pone en evidencia la jerarquía lingüística en la que el español es la lengua de referencia y el *dariya*, a pesar de ser ampliamente utilizado en el salón, no posee el mismo

reconocimiento estructural. Como señalan Flores y Rosa (2015), en contextos de contacto lingüístico donde una lengua es dominante, la carga de la adaptación suele recaer en los hablantes de la lengua minorizada, mientras que los hablantes de la lengua hegemónica pueden permanecer en una posición de recepción pasiva.

Esta dinámica puede analizarse a través de la diferenciación lingüística propuesta por Irvine y Gal (2000), quienes explican cómo las ideologías lingüísticas construyen oposiciones entre lenguas y variedades en función de relaciones de poder. En este sentido, al español y al *dariya* se les asignan valores sociales diferenciales que estructuran las interacciones en el salón. La decisión de Nedía refleja la internalización de esta jerarquía lingüística, donde el español se posiciona como el estándar comunicativo legítimo.

### **Barreras y Racialización de la Incompetencia Lingüística**

Este espacio multicultural, no solo pone en juego dinámicas de translingüismo y negociación de identificaciones, sino que también evidencia las barreras lingüísticas que pueden generar tensiones, malentendidos y desigualdades en la interacción cotidiana. Estas barreras, además están atravesadas por procesos de racialización, donde la percepción del dominio o la falta de dominio de una lengua refuerza jerarquías sociales.

Siguiendo a Flores y Rosa (2015), la racialización de la competencia lingüística se refiere a cómo ciertos hablantes son percibidos como inherentemente más o menos competentes en una lengua en función de su origen étnico o racial, más allá de su nivel real de conocimiento del idioma.

En este sentido, las barreras lingüísticas dentro del salón no solo afectan la comunicación efectiva, sino que también pueden derivar en tensiones interpersonales, como se evidenció en la siguiente situación:

Hoy fui testigo de algo muy interesante, una situación que refleja las barreras lingüísticas y culturales que se pueden presentar en el salón. Una clienta “marroquí”, que no habla bien español, pidió una cita para hacerse las uñas acrílicas. La profesional que se encarga de las uñas solo habla español, y le mandó un WhatsApp para confirmar la cita. La clienta, en lugar de responder directamente, le escribió a Nedía, que es la dueña del negocio, para confirmar la cita. Nedía le comunicó la confirmación a la profesional de las uñas, pero ella se molestó, sin entender por qué la clienta no le había respondido a ella directamente.

Cuando la clienta llegó al salón, noté que la profesional estaba siendo antipática y borde con ella. Nedia también lo notó y decidió hablar con la profesional en privado. En la cabina, la profesional le explicó a Nedia que estaba enfadada porque la clienta había preferido comunicarse con ella en lugar de contestarle su mensaje. Entonces, Nedia le explicó que la clienta es analfabeta, no sabe escribir y se avergonzaba de mandar un audio con su español limitado. La profesional se sorprendió al escuchar esto y, tras comprender la situación, cambió su actitud hacia la clienta. [Diario de campo, 25/03/24].

Esta situación revela una asimetría en la responsabilidad comunicativa: mientras que se espera que las clientas “marroquíes” comprendan y utilicen el español de manera fluida, la falta de conocimiento del *dariya* por parte de las trabajadoras no es percibida como un problema. La incomodidad inicial de la profesional de las uñas no se originó en la falta de comunicación en sí misma, sino en la percepción de que la clienta estaba ignorando su mensaje. Esto evidencia cómo, en un contexto de jerarquización lingüística, las dificultades idiomáticas no se interpretan de manera neutral, sino que adquieren una carga moral.

Este fenómeno muestra cómo ciertos cuerpos y lenguas son sistemáticamente situados en una posición de inferioridad dentro del orden social. En este caso, la clienta “marroquí” no solo enfrentó una barrera lingüística, sino que su falta de dominio del español fue interpretada inicialmente como una actitud evasiva o irrespetuosa. Sin embargo, cuando se reveló que era analfabeta y que su incomodidad no respondía a una cuestión de voluntad, sino a una limitación estructural, la percepción sobre ella cambió de inmediato.

En este contexto, se refuerza la idea de que el español es percibido como la lengua obligatoria para la comunicación efectiva, mientras que el *dariya* es visto como una lengua opcional. Esto no solo establece una jerarquía entre los idiomas, sino que también genera una asimetría en la responsabilidad lingüística: las clientas “marroquíes” que no hablan español con fluidez son vistas como “problemáticas” o “difíciles”, mientras que las trabajadoras “hispanohablantes” que no entienden *dariya* no enfrentan las mismas consecuencias.

Esta diferencia también se refleja en las expectativas de aprendizaje. Mientras que las clientas “marroquíes” deben esforzarse por comunicarse en español para ser

atendidas sin problemas, no existe una exigencia recíproca para que las trabajadoras intenten comprender el *dariya*. Esto refuerza la idea de que el español es la lengua "natural" del salón, mientras que el *dariya* es un código que puede ser ignorado sin mayores repercusiones.

La evaluación de las hablantes no se basa exclusivamente en sus conocimientos o habilidades, sino en estereotipos asociados al dominio de la lengua hegemónica (Flores y Rosa 2015). En este sentido, la falta de fluidez en español se convierte en un marcador de estatus que puede generar juicios desproporcionados sobre la capacidad o inteligencia de la persona. Como señala Nedía:

Puede que no *sabe* el idioma, que lo sabe mucho mejor que la otra (refiriéndose a los tratamientos de belleza), tiene más estudio, tiene más idiomas, habla más idiomas, pero ellos ya no hablan bien el idioma se creen, ya está, que es una tonta que no sabe, ¿me entiendes? [Entrevista a Nedía, el 26/04/2024].

La falta de dominio del español, lejos de ser interpretada como una limitación comunicativa circunstancial, es percibida como un déficit generalizado, invalidando otras formas de conocimiento o cualificación que la persona pueda poseer. Así, la lengua opera como un filtro que regula el acceso al reconocimiento y a la legitimidad dentro del salón. En este sentido, el salón de belleza se convierte en un espacio donde no solo se ponen en juego la lengua y la identificación, sino también las formas en que se reconoce (o se niega) la experiencia y el criterio de las clientas en función de su expresión lingüística.

Asimismo, aparecen actitudes paternalistas, donde la falta de español se asume como una "incapacidad" que debe ser tratada con condescendencia. En estas situaciones, en lugar de facilitar la comunicación con estrategias inclusivas, algunas personas pueden recurrir a un tono infantilizado o a gestos exagerados, reforzando la idea de que la clienta que no domina bien el español no es una interlocutora válida en igualdad de condiciones.

De este modo, la jerarquización lingüística no solo opera a nivel institucional, sino que se reproduce en la interacción cotidiana, determinando quiénes pueden acceder a espacios de prestigio y quiénes deben justificar constantemente su presencia y legitimidad.

A Cristina yo la he explicado, porque la he dicho, mira, por ejemplo, dame un ejemplo. Imagina que te has ido a Inglaterra, estás viviendo en Inglaterra. Y entra un español, una española. ¿Lo vas a hablar en inglés o en español? Entonces ella me ha dicho, pues no, lo hablo en español. ¿Por qué? Porque llevas tiempo sin hablar tu idioma y tienes ganas de hablar con alguien. [Entrevista a Nedía, 26/04/24].

Las prácticas lingüísticas observadas en este estudio encuentran resonancia en otras investigaciones desarrolladas en contextos urbanos multiculturales donde la lengua opera como un marcador de poder y pertenencia. En los estudios de Canagarajah (2012) sobre translingüismo en comunidades migrantes o en el trabajo de García y Wei (2014) sobre repertorios lingüísticos dinámicos, se evidencia cómo las elecciones lingüísticas no son meramente técnicas o funcionales, sino profundamente situadas, afectivas y estratégicas. Asimismo, investigaciones como las de Martín Rojo (2010) en entornos educativos muestran cómo el español funciona como lengua de autoridad y de inclusión condicionada, relegando otras lenguas al ámbito doméstico o de la intimidad, una dinámica muy similar a la documentada en el salón. Este diálogo con trabajos previos permite ubicar esta investigación de caso dentro de un campo más amplio de estudios que analizan cómo las lenguas reproducen, resisten o reconfiguran relaciones de poder en contextos de alta diversidad cultural y desigualdad estructural.

### Conclusiones

El análisis de las dinámicas lingüísticas en el salón de belleza revela que el uso del *dariya* y el español no es meramente instrumental, sino que está atravesado por procesos de negociación identitaria, legitimación social y construcción de fronteras simbólicas. El translingüismo observado en este espacio responde tanto a necesidades comunicativas como a una jerarquización lingüística en la que el español se posiciona como lengua de prestigio y profesionalización, mientras que el *dariya* se asocia con la confianza, la intimidad y la pertenencia comunitaria. Este uso diferenciado no es aleatorio, sino que refleja cómo las lenguas son percibidas y valoradas en función de su relación con las instituciones de poder y su lugar dentro del mercado lingüístico.

Asimismo, la etnografía ha evidenciado cómo las barreras lingüísticas no solo generan dificultades de comunicación, sino que también afectan la percepción de competencia de los hablantes, reproduciendo desigualdades simbólicas. Mientras que las clientas que no dominan el español pueden ser percibidas como menos competentes

o problemáticas, la falta de conocimiento del *dariya* por parte de las trabajadoras hispanohablantes no genera la misma sanción social. Esta asimetría refuerza la idea de que el español se percibe como la lengua "natural" del salón, mientras que el *dariya* requiere justificación o mediación para ser reconocido como legítimo en la interacción social.

El salón de belleza, como espacio de interacción cotidiana, funciona como un microcosmos donde las lenguas no solo estructuran la comunicación, sino que también regulan la inclusión y la exclusión social. En este contexto, el español opera como un marcador de autoridad y profesionalización, mientras que el *dariya* se mantiene en el ámbito de la cercanía interpersonal. Esta dinámica evidencia que las lenguas no son simplemente códigos neutros, sino recursos estratégicos que los hablantes utilizan para posicionarse dentro de estructuras de poder y validación social.

Si bien este estudio ha mostrado patrones consistentes en la función social del español y el *dariya* dentro del salón, también han aparecido situaciones en las que los usos lingüísticos escapan a explicaciones rígidas o binarias. En algunos casos, una misma elección puede ser leída tanto como una manifestación de jerarquía simbólica como un gesto de cuidado o funcionalidad. Este tipo de ambigüedades no debilita el análisis, sino que lo enriquece, recordando que las prácticas lingüísticas son siempre situadas, afectivas y atravesadas por múltiples dimensiones —biográficas, relacionales y estructurales— que conviven en cada acto de habla.

Este estudio pone de manifiesto la importancia de analizar los usos lingüísticos en espacios cotidianos, particularmente en contextos multiculturales donde las jerarquías lingüísticas pueden no ser explícitas, pero sí profundamente arraigadas. Comprender estas dinámicas permite no solo visibilizar las inequidades sociolingüísticas, sino también reflexionar sobre estrategias que favorezcan entornos donde las lenguas y las identificaciones sean reconocidas en su diversidad.

### Referencias

- Abu-Lughod, Lila (2012). Escribir contra la cultura. *Andamios*, 9(19), 129-157.  
<http://doi.org/10.29092/uacm.v9i19.399>
- Austin, John (1962). *How to Do Things with Words*. Oxford: Clarendon Press.
- Blommaert, Jan (2005). *Key topics in sociolinguistics*. Reino Unido: Cambridge.
- Bourdieu, Pierre (2008). *¿Qué significa hablar?*, Madrid: Akal.

- Brubaker, Roger y Frederick Cooper (2000). Beyond "identity". *Theory and society*, 29(1), 1-47. <https://doi.org/10.1023/A:1007068714468>
- Canagarajah, Suresh (2012). *Translingual Practice: Global Englishes and Cosmopolitan Relations*. Routledge.
- Díaz de Rada, Ángel (2014). En el nombre del pueblo. Una reflexión para la crítica de los etnónimos en la escritura antropológica. En María Cátedra y Marie José Devillard (eds.). *Saberes culturales. Homenaje a José Luis García García*. (pp. 181-199) Barcelona: Bellaterra.
- Duranti, Alexander (2011). Linguistic anthropology: Language as a non-neutral medium. En Rajend Mesthrie (ed.). *The Cambridge handbook of sociolinguistics*, (pp. 28-46) Cambridge University Press.
- Duchêne, Alexandre y Mónica Heller (2012). *Language in late capitalism: Pride and profit*. Routledge.
- Flores, Nelson y Jonathan Rosa (2015). Undoing appropriateness: Raciolinguistic ideologies and language diversity in education. *Harvard educational review*, 85(2), 149-171. <https://doi.org/10.17763/0017-8055.85.2.149>
- García, Ofelia y Li Wei (2014). Translanguaging in education: Principles, implications and challenges. En Ofelia Garcia y Li Wei (Eds.), *Translanguaging: Language, bilingualism and education*. (pp. 119–135). London, Palgrave Macmillan
- Goffman, Erving (1989). On fieldwork. *Journal of contemporary ethnography*, 18(2), 123-132. <https://doi.org/10.1177/089124189018002001>
- Hammersley, Martyn y Paul Atkinson (2019). *Ethnography: Principles in practice*. Routledge.
- Heller, Mónica (2007). *Bilingualism: A social approach*, London: Palgrave Macmillan.
- Irvine, Judith y Susan Gal (2000). «Language ideology and linguistic differentiation», en Paul Kroskrity (ed.), *Regimes of Language: Ideologies, Politics, and Identities*. (pp. 35-84). Nuevo México, School of American Research Press.
- Jiménez, Livia (2020). *Etnicidad: un juego de niños*. Editorial. Edicions Bellaterra.
- Martín Rojo, Luisa (2010). *Constructing Inequality in Multilingual Classrooms*. Mouton de Gruyter.